

PAUL THURIN

# El libro de Joan



CONTRALUZ

PAUL  
THURIN  
El libro de Joan

Traducido del francés por M.<sup>a</sup> Dolores Torres París



Título original: *Le livre de Joan*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Paul Thurin, 2025

© de la traducción: M.ª Dolores Torres París, 2026

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2026

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.contraluzeditorial.com](http://www.contraluzeditorial.com)

ISBN: 979-13-87810-37-5

Depósito legal: M. 390-2026

Printed in Spain

## PRIMERA PARTE



El ángel me mira.

No importa dónde esté, él me sigue con la mirada. Es un ángel hermoso, lo reconozco, tan grácil, tan sereno. Parece como si durmiese con los ojos abiertos. Debería sentirme halagada de que me observen así, pero a veces me gustaría que me olvidase. Al fin y al cabo, yo elegí la soledad; aquí somos docenas las que la hemos elegido, y lo hemos hecho para huir de las miradas. Hay algo más que me incomoda. Le falta una oreja desde que un pedazo del techo, desconchado por la humedad, se desprendió llevándose un poquito del rostro. Eso no le resta nada a su gracia, por supuesto. La oreja mutilada se mantiene oculta en las sombras, por lo que nadie lo nota. Pero yo, aunque no la vea, la presiento, y eso me basta para imaginármela. Esa deformidad me perturba.

Hace algún tiempo, la abadesa mandó venir a un escultor. El maestro miró al ángel como si fuese un simple ladrillo y luego sacudió lentamente la cabezota para decir que no. Se marchó sin pronunciar palabra. Además de cabezón, aquel hombre tenía las manos grandes. La aba-

desa parecía contrariada; ella también sacudió lentamente la cabeza, una cabeza estrecha y arrugada, ceñida por el velo. Una boca fruncida, que siempre parece estar a punto de decir que no. Desde aquel día, no se volvió a hablar de la reparación del ángel. Después de todo, quizá esté en manos de Dios hacerlo. ¿Son los ángeles esculpidos asunto del Señor? ¿Se ocupa Dios de las orejas de piedra? ¿Es Él quien se encarga del mantenimiento de su Creación?

A todas estas preguntas, la abadesa respondería que sí, con esa boca que siempre parece decir que no. Joan, en cambio, respondería que no, con esa boca que siempre parece decir que sí. Pero la abadesa es la abadesa, mientras que Joan... Bueno, Joan recibió del Señor la peligrosa misión de ser Joan.



Joan se halla a una toesa de mí, cantando. Somos varias decenas las que entonamos el Cántico de Simeón, *Nunc dimittis servum tuum, Domine*, en el último oficio del día. Cuarenta voces de mujeres elevándose hacia la bóveda de nuestra iglesia, tan alta que, cuando las voces callan, su eco persiste durante un minuto entero. Parece girar suavemente en el techo, entre las nervaduras de los arcos, antes de desvanecerse como una nube.

*Nunc dimittis servum tuum, Domine,  
secundum verbum tuum in pace...*

[Ahora, Señor, puedes dejar que tu siervo se vaya en paz como prometiste...].

Cuarenta voces de mujeres de todas las edades, algunas finas y penetrantes, otras bajas y veladas, otras ruidosas. Está también la de la vieja Winifred, que me recuerda el sonido de un cepillo frotando la piedra. En medio de estas voces distingo claramente la de Joan. Nunca se pierde entre las otras treinta y nueve. No es más fuerte, como la de Lavinia, ni más aguda, pero destaca. Es la voz en la que se apoyan todas las demás. Incluso Mary, que no canta, se apoya en ella.

*Quia viderunt oculi mei salutare tuum,  
quod parasti ante faciem omnium populorum...*

[Porque mis ojos han visto tu salvación,  
que dispusiste ante todos los pueblos...].

Todas las monjas se apoyan en ella, todas aceptan seguirla con confianza hasta la última nota. El final del cántico marcará el final del día y será la promesa de una breve noche de descanso. Cantamos despreocupadamente hasta que Joan se calla de repente. Las hermanas continúan un instante por inercia; luego, una segunda voz se calla, después otras y, con ellas, dos más, la mía y la de Lavinia. Y se hace el silencio. O se haría, si la abadesa, a pesar de todo, no siguiera cantando sola. Con los ojos cerrados, insiste:

*Lumen ad revelationem gentium  
et gloriam plebis tuae Israel.*

[Luz para iluminar a los gentiles  
y gloria de tu pueblo Israel].

Incluso cuando pronuncia *gloriam*, su boca parece articular una especie de *no* irrefutable. Finalmente, la abadesa se calla. Nuestras cuarenta voces flotan durante un minuto bajo la nave antes de desvanecerse. Todas las miradas se vuelven hacia Joan, incluso la de la abadesa. La mayoría son inquisitivas; algunas, inquietas. Solo la de la abadesa es airada.

—¿Y ahora qué pasa, Joan? No se interrumpe un oficio. Continudad... *Nunc dimittis servum tuum, Domine*. ¡Vamos, vamos!

Joan tiene los ojos cerrados, la cabeza inclinada hacia la izquierda. Presta atención, pero nadie sabe a qué.

—Escuchad.

En un movimiento cómico, todas las hermanas inclinan la cabeza hacia la izquierda, como cuarenta pájaros. Todas cierran los ojos, todas aguzan el oído para intentar percibir aquello que únicamente Joan es capaz de oír.

—Escuchad...

La abadesa no ha cerrado los ojos ni inclinado la cabeza. Da una palmada, cuyo eco asciende hasta la bóveda, y gira unos segundos como una corneja asustada antes de huir.

—Joan, ¡basta ya!, perturbáis el oficio. ¿Qué habéis oído esta vez? ¿Un gavilán, como el otro día? ¿Una lavandera, como la semana pasada? ¿O el bramido del ciervo?

Joan abre los ojos. Su mirada se posa en Winifred, luego en Mary, después en mí, y por último en la segunda Mary. Parece como si acabase de despertar e intentase reconocer el mundo en el que ha caído. Finalmente, se vuelve hacia la madre abadesa.

—Una tormenta.

—No digáis tonterías, Joan. No hay tormenta ni nada que se le parezca. El cielo ha estado despejado todo el día, y el viento del norte...

—Una tormenta, granizo. Vamos a perder el fruto.

—No es momento de recitar el Apocalipsis. Ni siquiera escucho truenos.

—Tenemos una hora para salvar los ciruelos.

Dicho esto, Joan alza ligeramente los faldones de su hábito y se dispone a abandonar la iglesia a la carrera. Su movimiento es tan rápido y decidido que la mitad de las hermanas se pone en marcha para seguirla.

—¡Joan! ¡Os lo prohíbo! Volved a vuestro sitio. ¡Eleanor, Mary, Helisende!

Esta vez, la autoridad de la abadesa se impone al impulso de Joan. Eleanor, Mary y Helisende regresan a sus sitios. Helisende, ese es mi nombre. También era el de mi abuela. A una señal de la abadesa, entono con las demás:

*Nunc dimittis servum tuum, Domine,  
secundum verbum tuum in pace...*

Una hora más tarde, estalla la tormenta; en pocos minutos, se pierde toda la cosecha de ciruelas.

El año pasado, el séptimo u octavo del reinado de Eduardo II, Joan predijo las lluvias torrenciales que habrían de pudrir las cosechas y encarecer el precio del grano. Alguien le preguntó si lo había leído en los Evangelios o en las páginas de Isaías. Joan respondió que había escuchado el viento y había observado las copas de los álamos y el caudal de los arroyos. Había advertido el color de la hierba, el olor particular de la tierra al removerla y el de los muros de la abadía.

Tres años antes de aquellas lluvias torrenciales, yo ingresé en la abadía, recibí el velo sagrado y una de las hermanas, con gesto solemne, me cortó el cabello. La abadesa me acogió con calidez. Digamos que lo hizo con toda la calidez de la que entonces era capaz. Me sonrió, y la sonrisa le deformó levemente la línea de la boca, como si entrase en contradicción con sus costumbres. Yo sabía lo que significaba aquella alegría. Lo sabía porque me lo habían enseñado. Aquella alegría significaba la dicha de incorporar una oveja más a su arca. Significaba el extraño placer de consagrar su vida al silencio, al trabajo, a la

oración, a la soledad y a la castidad. A veces, incluso, al sufrimiento. En resumen, la abadesa se alegraba de hacerme partícipe de su destino.

Como me llamo Helisende de Wigmore y pertenezco a una de las ramas menos pobres de la familia de Wigmore, fui recibida con los brazos abiertos. Conviene que en algún lugar del inmenso libro de Dios sea dicho que mi pertenencia a la pequeña nobleza de Herefordshire me otorga el derecho de consagrar mi vida a la lectura de los Evangelios. Otras muchachas de mi edad, nacidas con menos fortuna, también se encuentran aquí, en la abadía. No visten el hábito de las monjas, sino el delantal de las sirvientas.

Cuando llegué aquí, Joan ya formaba parte de las religiosas desde hacía años. Su cabello había tenido tiempo de volver a crecer. Junto con el nombre de la abadesa y el de Jesucristo, el de Joan era el más pronunciado entre las hermanas. Sin embargo, me llevó varios días ponerle un rostro a ese nombre. Joan era invisible, permanecía recluida en una celda, una de las últimas del ala este, junto al gran roble. Algunas decían que ella estaba enferma. Otras, que cumplía penitencia. Comprendí entonces que la abadesa había ordenado su aislamiento después de imponerle el látigo. Ignoro cuál fue el pecado cometido.

Una noche, durante el oficio, Joan hizo su aparición. Juro que no la vi llegar. No se encontraba entre nosotras y, de repente, allí estaba, de pie, entre Rose y Winifred, en el grupo de hermanas alineadas a la derecha de la abadesa. Yo formaba parte, como aún hoy, del grupo de hermanas a la izquierda de la abadesa, de modo que Joan me

quedaba justo enfrente. La observé largo rato, intentando discernir en sus rasgos o en su porte lo que podía justificar aquella admiración teñida de incredulidad con la que las hermanas pronunciaban su nombre. Admito que encontré su rostro bello y gracioso, pero simple. Podría ser el rostro de un icono. Podría haber sido el de una verdulera o el de una princesa del linaje Plantagenet. Su tez era pálida, como la de una monja que nunca trabaja en el campo. Su respiración, agitada. Estaba tratando de adivinar el color de los cabellos bajo el velo cuando me di cuenta de que había dejado de cantar hacía varios minutos. Y también de que, durante todo ese tiempo, mientras yo intentaba desentrañar su naturaleza, Joan me había estado mirando fijamente. Me sonrojé, por supuesto, y bajé la cabeza. Me uní a mis hermanas en oración lo mejor que pude. Más tarde, cuando me atreví a posar de nuevo los ojos en Joan, comprobé que seguía mirándome sonriente.

Ahora suelo pensar que ella y el ángel de piedra pertenecen a la misma familia. Sin duda, son hermano y hermana. Comparten esa misma forma de mirar sin parpadear.



La vida de una abadía benedictina está hecha de repetición, silencio y trabajo. Las monjas parecen obligadas a vivir en una mezcla de esperanza y resignación. Tienen puesta la esperanza en la salvación eterna, pero se resignan a la existencia terrenal. Nuestros días y nuestras noches están marcados por los oficios, desde maitines hasta completas. A veces nos imaginamos que la vida cotidiana-

na de las religiosas está llena de aburrimiento cuando, de hecho, la regla nos obliga a multiplicar las tareas. Pasamos constantemente de la oración al huerto, y del huerto a la oración. Incluso cuando las hermanas se consagran a la meditación, permanecen atentas a la campana que las llama al orden.

Nuestra iglesia se alza al oeste de la abadía. Cada tarde se beneficia de la luz del ocaso: cuando el tiempo no está nublado, un bellissimo fulgor atraviesa las tres ojivas y juega con los pilares de enfrente. Pero los días en Yorkshire suelen estar nublados, especialmente en los últimos años. Desde mi llegada, solo en contadas ocasiones he podido presenciar ese juego de luces. Una tarde, al final del verano, vi el resplandor del crepúsculo, rojo y trémulo, animando las piedras como si cobraran vida. Las hermanas se reúnen aquí para cada servicio, incluso por la noche. Para ir de los dormitorios a la nave de la iglesia, no queda más remedio que atravesar el claustro. En pleno invierno, el frío glacial corta nuestro sueño en dos, como una cuchilla. Si la iglesia es el centro de nuestra vida monástica, el claustro es el corazón de la abadía, donde las hermanas meditan en silencio y las novicias reciben su enseñanza. Cada mañana, un cierto número de monjas se reúne en la sala capitular para discutir los trabajos del día bajo la mirada de la madre abadesa y la dirección de la priora. O de Winifred, la mayor entre nosotras. Todas sin excepción la obedecen casi instintivamente, sin cuestionar su autoridad.

La abadía dispone de una vasta cocina, una enfermería, los alojamientos del servicio, el dormitorio de las novicias, el de las monjas, las celdas dispuestas a lo largo de

dos alas, una sacristía, un calefactorio donde se encuentra el fuego comunitario y donde las hermanas pueden reunirse en lo más crudo del invierno. Y alrededor, las tierras del señorío, donadas a nuestra comunidad hace mucho tiempo. Jardines, un huerto, con los ciruelos dañados por la tormenta. Unas modestas caballerizas, un establo y un granero, que confieren a esta parte de la abadía el aspecto de un próspero corral. Hay también, por supuesto, una muralla circundante, una puerta de fortificación y una torreta octogonal cuyo uso jamás he logrado desentrañar.

La celda de la abadesa está a unos pasos de la sala capitular. Linda con una estancia que le sirve de locutorio y despacho. Allí se guarda, según dicen las hermanas, una reliquia de altísimo valor, un fragmento de san Cutberto envuelto en una gasa de seda. Una carta relata la peregrinación de los huesos hasta nuestra abadía, lo que es una forma de dar fe de su autenticidad. Algunas hermanas han tenido el privilegio de ver la carta. Muy pocas han sido dignas de contemplar la reliquia. La madre abadesa es muy celosa de sus tesoros. Para ella, sin duda, los celos no figuran entre la lista de pecados.

La abadesa es la guardiana del rigor. Comprueba si el tejido de nuestros hábitos es lo bastante rígido y áspero. Recuerda la exhortación de san Pablo, según la cual las mujeres deben guardar silencio en las asambleas. El tiempo que no dedicamos a la oración, hemos de dedicarlo a las labores propias de las mujeres. La madre abadesa cuenta con las cocineras para que no se nos sirvan manjares demasiado sabrosos —basta con que sean nutritivos—. El clima austero del país, las lluvias que pudren el grano y

los cuervos ávidos de frutos ayudan a la abadesa a preservar la austeridad del refectorio. Cuervos y lluvias son sus valiosos aliados. No es el caso de Joan. A fuerza de consejos y sugerencias, Joan se las ingenió para mejorar la cotidianidad de las hermanas. Me refiero a sus comidas. Ignoro de dónde le viene su pericia en jardinería, y hasta en agricultura, pero lo cierto es que Joan, en pocos años, consiguió cambiar el color de nuestros huertos. Lo hizo con discreción, pero con eficacia. Cuando llegó aquí, se encontró con un horizonte infinito de coles. Ahora, y pese a los inviernos crueles, la huerta nos ofrece menta, melisa, apio, enebros, raíces dulces, lechugas, malvas, habas, guisantes y diferentes tipos de calabazas en otoño. Y el huerto de frutales, cuando no lo destroza el granizo, nos regala en los días soleados una imagen, si bien disminuida, del jardín del Edén.

A veces creo que entre la abadesa y Joan se libra una batalla silenciosa en el terreno de las cocinas. Se dice que la abadesa llegó un día a desechar varias cestas de manzanas intactas, bajo el pretexto de que estaban podridas. Al día siguiente, Joan trajo, a saber de dónde, tres grandes capazos llenos de manzanas rojas y dulces. Las cocineras las cocieron de inmediato, sin esperar la habitual censura de la abadesa. Aquella misma noche, esta comió una empanadilla de manzana perfumada con canela. Era divertido ver cómo los rasgos de su rostro se esforzaban en ocultar los signos del deleite. Mientras tanto, las hermanas contenían la risa. Joan, no. No solo no se contuvo, sino que incluso se atrevió a reír. Y, entre estos muros, la risa es tan rara como la presencia de un hombre.